

En la línea fronteriza

ACOSTUMBRAN en Nuevo México asolear el ají colorado (que en mi tierra llaman «chile»), colgándolo en largas y tupidas sartas rojas, pendientes del techo, como un festón sobre las fachadas sin cornisa. Y las casas de Nuevo México, ya sean de adobe estilo pueblo indígena, o enjabelgadas de blanco o de ocre a la española, tienen casi siempre en azul el marco de las puertas y ventanas. Los montes son en Nuevo México de altos perfiles donde las crestas simulan la valentía de la mirada estática del piel roja, valentía definitiva situada más allá de la arrogancia y de la acometividad. El color en Nuevo México ya no es gris como en el Norte ni atenuado con los matices esfumantes que elogian tanto quienes tienen que pintar en París; tampoco es tan vivo, tan rico el color en Nuevo México como en la fiesta solemne, máxima del trópico; pero el sol en Nuevo México quema la tierra amarilla y recalienta ciertas peñas al rojo y en los verdes hay una riqueza otoñal de matices, desde los verdes claros de los álamos y pasando por el verde vegetal de los sabinos y los cedros, hasta los colores de llama de ciertos follajes de árboles menores y enredaderas. Los azules de Nuevo México también varían desde el profundo azul de turmalina brasileña de ciertos cielos nocturnos, hasta los azules que casi se deslíen en el deslumbramiento del sol meridional. En los bosques de Nuevo México hay pinos y cedros, y suele ocurrir que en las crestas más altas aparece un tapiz de oros claros y de encendidos cobres y de pálidos verdes. La montaña y el desierto dan su estructura a Nuevo México, pero la vida se la ha dado el río A lo largo de la corriente siempre escasa del Bravo o Río Grande, como aquí se le llama, por las dos márgenes del viejo río crece lo verde, como una larga herida en el desierto.

Cuando la brava roca se enferma y ya no puede persistir en su dureza, luego que ya no puede como granito bruñido devolver al sol sus claridades y teñirlas, la roca se desintegra, se hace polvo y se penetra de noche; de esta misteriosa conspiración de fracaso y de sombras nace el intento de vida y, en seguida, el sol generoso la enciende; pero la roca sigue por los milenios que ya sana y se cura de la excrecencia de su desgaste, ya sigue manando años y siglos el agua que produce los gusanos y las plantas. Y esta impresión de enfermedad que se cura suele darla el Río Grande que, a veces se seca y enseña al sol todo su lecho blanco y reluciente arenal. Pero vuelven las estaciones y con ellas el escurrimiento y otra vez a dar musgo tupido y

verde que reviste y anima a las rocas y parece querer contagiarlas de la enfermedad de la vida y, por sobre el musgo, las yerbas se ensanchan lozanas y más arriba los árboles entregan el ramaje a la brisa para dejar correr el alma ya que el cuerpo lo tienen clavado en un solo sitio a perpetuidad.

Y sucede que dondequiera que aparece el musgo y los gusanos y las yerbas, aparecen también, tarde o temprano, los hombres, variedad extraña que se mueve sobre el planeta, también de acuerdo con las grietas de la tierra, las corrientes y los follajes. Y en ninguna parte se ve más evidente el lazo que ata las corrientes de agua y las civilizaciones, como se ve en este cauce del Río Grande. A grandes corrientes que rebasan generosamente sus bordes, grandes culturas: esto dicen el Nilo y el Ganges y el Ródano, y lo dirán más tarde el Mississippi, el Amazonas. A escasas corrientes que a veces extingue la sequía, civilizaciones pobres que aparecen y desaparecen, para volver a alentar débilmente otra vez; esto dice el Río Grande, cuando lo vemos en su cauce escaso de Nuevo México. Nadie ha podido aquí: ni los indios, ni los españoles, ni los norteamericanos; nadie puede con el desierto y la escasez. Y se diría que no hay más que dos clases de razas: las que se desarrollan en territorios fértiles son razas de primera; las que viven en territorio exhausto son razas de segunda. Esto dice por lo menos un crudo y rudimentario materialismo, que nunca percibe entera la verdad; porque no mira la razón del espíritu, que a veces logra superar al medio y así nace el cambio y de sus frutos procede la civilización; pero para esto se necesita la complicidad del mar que ha salvado a los griegos y a los ingleses. En Nuevo México faltó por completo la facilidad del cambio y por eso fracasaron los indios y los españoles, y hoy que los norteamericanos han traído la posibilidad del intercambio, la tierra se está volviendo lo que tienen que llegar a ser todos estos parajes, museos y sitios de pensamiento, no de trabajo ni de explotación. Pero esta ya es venida de afuera y confirma el fracaso del Río Grande como cuna de civilizaciones. Una serie de interesantísimos abortos parece la historia de las tribus y pueblos que han elevado moradas en estas vegas del río que hoy marca el lindero de las dos culturas americanas. Los indios habitaron aquí en cuevas y construyeron moradas de barro; los españoles hicieron aquí remedos de las grandes iglesias y de los orgullosos palacios que habían asentado en el sur; pero también construyeron con tierra y con barro, construyen sus casas de flamante higiene interior los nuevos amos de estas riberas de tipo inmutable. Y la comarca no llega a ser híbrida sólo porque en realidad nunca se ha precisado; primero una frontera de las civilizaciones prehistóricas del México tropical; después provincia remota de la cultura

española, y hoy rincón preferido de anglosajones que no se ocupan de asimilarlo sino, al contrario, procuran cultivarle la originalidad. No queda en el fondo aquí otro triunfo que el de la montaña que ya hubiera convertido todo esto en arrenal si no fuese por la resaca de las grandes civilizaciones limítrofes ya señaladas. Pero lo que le falta a Nuevo México en materia de recurso para las grandes civilizaciones del cuerpo, lo reemplaza con una abundancia de hermosura desinteresada. Más bien dicho interesantísima dado que la hermosura es algo de lo que más interesa al espíritu.

Los indios de Nuevo México usan automóvil y parecen adiestrados en el oficio de la propia exhibición. Sólo por eso conservan las plumas; pero sus artes, la cerámica, los tejidos de lana, los motivos de la decoración, todo se mira como un decaimiento y empobrecimiento de la riqueza artística de México; una especie de disminuída floración provinciana. Autóctonos no son ni los espejos de los comanches, porque aún el arte de los espejos lo trajeron los españoles y lo que se halla de indígena descubre también seguras procedencias de lo azteca, de lo maya aún. Un imperio tan grande como los Estados Unidos no podía prescindir de tener arte indígena; así se explica el esfuerzo de los norteamericanos empeñados en ver por aquí inspiración autóctona. La verdad es que en estas zonas de la tierra muere toda cultura y si mañana se retirasen de aquí los norteamericanos su huella se borraría tal vez más pronto que la huella cherokee o la española. En estos sitios no enraiza el hombre, aquí sólo perdura la fiesta del sol encima de la perennidad de las arenas y las montañas.

En el antiguo Palacio de los Gobernadores — modesto caserón de un solo piso que ocupa todo un lado de la antigua plaza—se conservan los retratos de los gobernadores; también el teatro de Villagras; el primer poeta de Nuevo México dicen los rubros, que cantó las hazañas de la conquista española en estas regiones. La lista de los gobernadores mexicanos todavía no termina, puesto que todavía viven hombres de raza pura mejicana que han ejercido el poder local bajo la soberanía yanqui; pero observando yo los retratos de esta humilde galería política: rostros insignificantes si se exceptúa el retrato de Anza, que desde aquí se fué a fundar San Francisco; mirando estas viejas caras se entienden muchas cosas cuando se pasa de los rasgos firmes de los Gobernadores que mandaba España en los buenos siglos, a los rasgos a menudo insolentes, pero siempre débiles de los gobernadores «santanistas» de nuestra mala época mejicana.

Hay en Nuevo México pueblos: Socorro, Santa Fe, que no podrían borrar la huella mejicana; los mismos trabajos de orfebrería y platería y los sarapes son hechos, no como se supone

por indios, sino por mejicanos que tomaron su oficio de la antigua Nueva España; sin embargo, estos hombres que conservan el idioma español suelen no sentirse mejicanos; hay también aquí, en esta hermosa tierra muchos anglosajones que quisieran vestirse de indios y volver a la vida primitiva a la cual revierten necesariamente ciertas regiones. Como que se pierde en estos sitios el sentido de particularidad para dejarle a la vida solo su profunda emoción de humanidad.

El Río Bravo no ha sido creador de culturas; ha sido siempre Río límite. Y esta zona es de indiferencia por los destinos tangibles. Por aquí llega la resaca de las civilizaciones. Entró muy profunda la resaca indígena del sur; se impuso después avasalladora la resaca española; llega ahora el ruido de lo yanqui. Parece que ninguna arraiga; nadie se empeña en dejar huellas seculares. Se construye con polvo amasado en agua, como si solo imperase el Dios de los Vientos que se manifiesta en los vistosos remolinos del desierto.

Y ni siquiera el viento se apresura en estas tierras donde la montaña desmadeja, disipa al huracán; las montañas ya no quieren vida. Quizá anhelan curarse la herida del río, y entonces si ellas se curan, nosotros tendremos que inventarnos una estructura menos deleznable que el polvo.—J O S É V A S C O N C E L O S.

Exclusivo para ATENEA en Chile.

Los aldeanos de Vory



UNA de las figuras literarias más interesantes de la Rusia actual, es sin duda Leonidas Leonov, nacido en Zaredia el 19 de Mayo de 1899, de una familia de campesinos. El prologista de su libro, Alexis Eisner, nos da a conocer algunos detalles de la vida del escritor. Nos dice que el abuelo de Leonov fué comerciante en Zaredia y el hecho de vivir con él en aquellos lugares, le dió ocasión para conocer a fondo la vida y las costumbres originales de sus pobladores, la descripción de las cuales hizo, más tarde, en su novela *Barsuki*. Su padre, poeta aficionado, cuyas pequeñas obras veían la luz en periódicos de segunda categoría, fué desterrado al norte de Rusia en 1909 por cuestiones políticas. Leonidas Leonov hizo sus estudios en el tercer Gimnasio de Moscú, terminándolos después de la revolución; pero en 1922 los Soviets le prohibieron la continuación de los mismos en la Universidad, alegando su procedencia burguesa.

Durante su estancia en el Gimnasio escribió sus primeras poesías. En 1922 publicó su novela *Buriga* (o sea, *Los aldea-*